BEBIDAS, PÓCIMAS, FILTROS Y DEMÁS VENENOS EN LA TRADICIÓN LITERARIA

MIGUEL ZUGASTI
GRISO-Universidad de Navarra

Cuando el centauro Quirón fue herido accidentalmente por una flecha de Hércules, sintió un dolor tan cruel que no dudó en trocar su inmortalidad con Prometeo a fin de poder morir y aliviarse para siempre de su sufrimiento: la flecha había sido envenenada con la sangre de la hidra de Lerna y su herida era incurable. Anfitrite, casada con el mujeriego Posidón, emponzoñó con unas hierbas las aguas donde se bañaba la hermosa Escila, de la cual se había enamorado Posidón. Tras el baño, el veneno convirtió a Escila en un horrible monstruo y quedó amarrada para siempre al estrecho de Mesina, dedicándose desde entonces a amedrentar a los navegantes[1].

En su búsqueda del vellocino de oro, Jasón contó con la ayuda de su esposa Medea, merced a cuyos bebedizos y pócimas pudo adormecer al dragón que custodiaba el vellocino y derrotar a los dos toros de fuego de Hefesto; después Jasón se enamorará de Glauce y querrá casarse con ella: Medea finge resignación pero trama su venganza enviando a la novia una túnica envenenada que le provoca la muerte. Un final muy semejante tuvo Hércules: ya se ha dicho que usaba flechas envenenadas con sangre de la hidra, y con una de ellas mató al centauro Neso cuando éste quiso violar a su esposa Deyanira. En la agonía, Neso informó a la mujer que si empapaba en

[1] Otras versiones del mito responsabilizan a la maga Circe del envenenamiento de las aguas y posterior metamorfosis de Escila.

su sangre una camisa de Hércules, ésta se convertiría en un poderoso filtro de amor que le uniría a su marido siempre que lo deseara. Cuando, pasado el tiempo, Hércules se hubo enamorado de otra muchacha, Deyanira le mandó la camisa con los supuestos poderes de filtro amoroso, pero en realidad estaba empapada tanto de sangre del centauro como de veneno de la hidra, combinación letal que infringió irresistibles dolores a Hércules y le indujo a inmolarse en una pira. Digna compañera de Medea fue Circe, a quien Homero llama "la rica en venenos"[2].

Un buen ejemplo de sus poderes hallamos en el canto X de la *Odisea*, cuando Ulises y sus compañeros llegan a la isla habitada por Circe y ésta les agasaja con un licor que de inmediato los transforma en cerdos, aunque para hacerles más duro el castigo conservan la conciencia de hombres. Sólo Ulises resulta inmune al poder del maligno bebedizo, por lo que Circe acaba enamorándose de él. Ulises entonces le pide que devuelva a sus amigos la forma original, lo cual hace aplicándoles un segundo brebaje que anula los efectos del anterior[3].

Sirvan estos ejemplos extraídos de la mitología griega a modo de pórtico por el cual adentrarnos, siquiera someramente, en el uso del veneno en la tradición cultural y literaria. Para mayor abundamiento de datos remito al lector interesado al excelente estudio de Roberto Pelta, *El veneno en la historia*[4].

[2] HOMERO, *Odisea*, trad. José Manuel Pabón, Gredos, Madrid, 1982, X, 276, p. 253.

[3] *Odisea*, X, 388-396, p. 257: "Circe, al punto, a través del salón con la vara / en la mano se fue a las zahúrdas y abrioles las puertas / a los míos. ¡Dijéranse cerdos de nueve veranos! / Allí estaban de pie ante la diosa, y, cruzando entre ellos, / iba ungiéndolos uno por uno con un nuevo filtro; / de sus miembros cayeron las cerdas brotadas por obra / del funesto veneno que Circe, la augusta, les diera / y otra vez convirtiéronse en hombres de edad más lozana, / de mayor hermosura y de talla más prócer que antes".

[4] Espasa Calpe, Madrid, 2000, edición revisada.

El veneno en la tradición histórica y literaria: Historias envenenadas

¿Y queréis que le mate con un veneno?
Esa es muerte de príncipes y reyes[5].

El uso del veneno está indisolublemente unido a la cultura y la civilización del hombre. En textos de la antigua India como el *Ayurveda o Libro de la ciencia de la vida*, en la sección de farmacología (el *Agadatantra*), se habla de ciertos tóxicos vegetales; asimismo, el tratado médico del *Caraka Samhita* dedica todo un capítulo (el *Cikitsasthana*) al mejor conocimiento de los venenos y sus antídotos[6]. En la cultura árabe existe un *Libro de los venenos* que se atribuye a Gabir Ibn Haiyan (siglos IX-X). Los pueblos aborígenes de todo el mundo conocían el efecto mortífero de las flechas untadas con veneno, el famoso *curare*, voz que penetró en el castellano desde el caribe, aunque en Chile se usa el término *coliguai*[7]. No en vano *tósigo* en griego significa 'veneno para flechas', y *toxon* es el 'arco'. En el siglo I antes de Cristo, Dioscórides redacta *De materia medica*, texto capital que en el siglo XVI será traducido al castellano y ampliado por el doctor Andrés Laguna, dedicando todo un tratado *Acerca de los venenos mortíferos y de las fieras que arrojan de sí ponzoña*. Entre los añadidos del doctor Laguna al prólogo de Dioscórides, destaca el siguiente comentario:

> Solían siempre tener antiguamente consigo, ansí los príncipes y grandes señores como los plebeyos y populares, varios géneros de ponzoña para matarse con

[5] LOPE DE VEGA, *La gatomaquia*, en *Rimas humanas y divinas del licenciado Tomé de Burguillos*, ed. M. Cuiñas Gómez, Cátedra, Madrid, 2008, III, vv. 230-231.

[6] JUAN MIGUEL DE MORA y MARJA LUDWIKA JAROCKA, *Ayurveda. Apuntes para una historia de la ciencia en la India antigua*, UNAM, México, 2002, p. 91.

[7] DIEGO DE ROSALES, *Historia general del reino de Chile, Flandes indiano*, ed. Benjamín Vicuña Mackenna, Imprenta Mercurio, Valparaíso, 1877, libro II, cap. 9, p. 239.

ellos en una necesidad, y por esta vía huir otra muerte más dura[8].

Aduce los ejemplos de Calígula, Demóstenes, Demócrito y Aníbal, lista a la que podrían añadirse más nombres como los de Sócrates, Erasístrato y un largo etcétera.

En el caso de Aníbal, Quevedo sostiene que se envenenó con cicuta[9], aunque mucho más conocido es el final de Sócrates con este mismo tósigo, acción que canta Juan de la Cueva en el romance "Ante el senado de Atenas", donde detalla cómo se le van enfriando las manos al filósofo hasta llegar al aliento final:

Mandan que Sócrates muera
donde estaba aprisionado.
Pronunciada la sentencia
cual dellos salió acordado,
lleváronle la cicuta
como a reo condenado...
Luego los crudos ministros
le dieron el mortal vaso,
el cual tomó con esfuerzo,
sin mostrar rostro alterado
ni demudar el color,
y se lo bebió hasta el cabo...
Critón le tomó las manos
y díjole: "Ya estás frío,
Sócrates, ya estás al cabo,
qu'el tener las manos frías
y el cuerpo es indicio claro"...
Echó los ojos en blanco

[8] DIOSCÓRIDES [Pedacio Dioscórides Anazarbeo], *Acerca de la materia médica medicinal y de los venenos mortíferos. Traducido de lengua griega en la vulgar castellana... por el Doctor Andrés Laguna*, Matías Gast, Salamanca, 1566. (Interesa sobre todo el libro sexto: *Acerca de los venenos mortíferos y de las fieras que arrojan de sí ponzoña*. Manejo facsímil de Madrid, Instituto de España, 1968-1969, 2 ts.). La cita en la p. 572.

[9] QUEVEDO, *Providencia de Dios*, en *Obras completas. Obras en prosa*, ed. Felicidad Buendía, 6ª ed., Aguilar, Madrid, 1986, t. 2, p. 1592: "Venenosa es la cicuta: con ella murió Aníbal, el más valiente capitán general que padeció Roma".

y dando una boqueada
quedó de la vida falto[10].

El mismo Juan de la Cueva escribió otro patético romance, "De Sancho Fernández, Conde de Aragón, y cómo quiso su madre Sancha de Castilla matallo con veneno, y lo que sucedió"[11]. La tradición de este envenenamiento hunde sus raíces en la Edad Media, localizándose versiones en la *Crónica najerense* (1160) o en la *Primera crónica general de España* (1289) que mandó componer Alfonso X el Sabio, sin faltar tampoco en el romancero tradicional anónimo: "Conde era de Castilla / don Sancho el muy esforzado"[12]. El carácter novelesco de este relato de parricidios y venganzas lo puso de realce Menéndez Pidal en un esclarecedor ensayo sobre la "Leyenda de la condesa traidora"[13]. Según esta leyenda, doña Sancha de Castilla decide envenenar a su hijo con el objeto de casarse con un moro "al que le tomó afición", el cual en algunas versiones es el mismísimo Almanzor. Seguimos el hilo del romance de Juan de la Cueva:

Andaba inquiriendo medios,
solicitando ocasión
de dar la muerte a su hijo
y alcanzar su pretensión.
Y para que venga a efecto
tal remedio apercibió:

[10] JUAN DE LA CUEVA, "Ante el senado de Atenas", romance sobre la muerte de Sócrates, en *Coro febeo de romances historiales* (Juan de León, Sevilla, 1588, ff. 298r-300v), publicado en Agustín Durán, *Romancero general o colección de romances castellanos anteriores al siglo XVIII*, Atlas, Madrid (*BAE*, 10 y 16), 1945, t. 1, núm. 507, pp. 341-342, de donde procede la cita.

[11] JUAN DE LA CUEVA, "Al conde Sancho Fernández", en *Coro febeo de romances historiales*, ff. 211r-214v, publicado en Agustín Durán, *Romancero general*, t. 1, núm. 715, pp. 471-473, de donde cito.

[12] AGUSTÍN DURÁN, *Romancero general*, t. 1, núm. 714, p. 471.

[13] RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL, "Realismo de la epopeya española. Leyenda de la condesa traidora", en *Idea imperial de Carlos V*, Espasa-Calpe, Madrid, 1945, pp. 37-72.

que al vino mezclen veneno,
y aquesto comunicó
con una criada suya.

Pero la criada siente remordimientos por el crimen que está a punto de perpetrarse y avisa del caso al Conde Sancho Fernández, el cual idea el siguiente desenlace:

Llaman al Conde a comer
cual solía a tal sazón;
siéntase luego a la mesa
y su madre se asentó.
Sírvenles varios manjares
de toda recreación:
alzan unos, tráenles otros
diferentes en sabor;
gustan, aplacan la hambre,
arde el natural calor.
Pide el Conde de beber
y la dueña que lo oyó
trae el venenoso vaso...
Tomolo el Conde en la mano
y a su madre así habló:
–"Beba vuestra señoría,
gustará el mejor sabor
que jamás ha visto en vino
desde el día en que nació".
Oyendo la madre al hijo,
riéndose respondió:
–"No quiero beber agora,
hijo mío; bebed vos,
que cuando yo tenga gana
beberé, aunque vino no".
–"Será muy mala crianza
(el Conde le replicó)
que beba primero el hijo
que su madre, y no es razón".
Y así la trabó del brazo
y el vaso en poder le dio
diciéndole que bebiese
luego, sin más dilación,
y empuñándose a una daga
con ella le amenazó.

Temiendo al hijo, la madre
el mortal vaso bebió,
con que se entregó a la muerte
que dar al hijo pensó[14].

Un argumento tan truculento como éste no tarda en saltar al teatro, con piezas como *Los monteros de Espinosa* (atribuida a Lope de Vega sin demasiado fundamento), *Sancho García* de José Cadalso o *La condesa de Castilla*, de Nicasio Álvarez Cienfuegos. Conviene recordar, de la mano de Menéndez Pidal, que la leyenda de esta condesa envenenadora de su hijo conecta con la tradición europea de Rosamunda (a veces Rosimunda o Rosmunda), quien tras haber sido afrentada por su marido decide buscarse un ayudante y asesinarlo; consumado el crimen, la dama hará lo propio con su cómplice, recurriendo ahora al veneno. Gabriel Lobo Lasso de la Vega compuso al efecto el romance de "Rosimunda y Alboyno", del cual destacamos su desastrado final:

Dio a Elmige veneno un día
recién salido de un baño,
mas como a obrar comenzase,
a una daga mano echando,
a Rosimunda por fuerza
compelió a beber del vaso,
muriendo entrambos a un tiempo
por paga de sus engaños[15].

Resta todavía un romance tardío del siglo XVIII, anónimo y con trazas de cantar de ciegos, que repite el motivo de "La hermosa Rosimunda", aunque cambian los nombres del marido asesinado y del cómplice[16].

[14] JUAN DE LA CUEVA, "Al conde Sancho Fernández", en Agustín Durán, *Romancero general*, t. 1, núm. 715, pp. 472-473.
[15] "Rosimunda y Alboyno", en Agustín Durán, *Romancero general*, t. 1, núm. 576, pp. 395-396; cita en la p. 396.
[16] Lo recoge AGUSTÍN DURÁN en su *Romancero general*, t. 2, núm. 1266, pp. 255-256.

Concluiremos esta breve incursión en el romancero citando "El veneno de Moriana", cuyo texto parece que no se imprimió durante los siglos XVI y XVII, aunque permaneció muy activo en la tradición oral (en Cataluña, Asturias, Marruecos...) y se pudo recopilar más tarde con notables variantes. El tema central es el de la mujer despechada que, al verse abandonada por su amante para casarse con otra, decide darle la muerte por envenenamiento. Así empieza:

Madrugaba don Alonso
a poco del sol salido;
convidando va a su boda
a los parientes y amigos.
A las puertas de Moriana
sofrenaba su rocino:
–"Buenos días, Moriana".
–"Don Alonso, bien venido".
–"Vengo a brindarte, Moriana,
para mi boda el domingo".
–"Esas bodas, don Alonso,
debieran de ser conmigo;
pero ya que no lo sean,
igual el convite estimo,
y en prueba de la amistad
beberás del fresco vino,
el que solías beber
dentro en mi cuarto florido".

A continuación el narrador se recrea en la confección del brebaje, que contiene solimán, acero, ojos de víbora y sangre de alacrán:

Moriana, muy ligera,
en su cuarto se ha metido;
tres onzas de solimán
con el acero ha molido,
de la víbora los ojos,
sangre de un alacrán vivo.

En otras versiones los ingredientes son rejalgar, beleño y solimán, todo ello bien majado con el almirez:

Moriana, muy ligera,
brincó en su jardín florido;
tres hojas de rejalgar
pronto las hubo cogido,
de la raíz del beleño
y del solimán florido,
lo majó en un almirez
y lo aderezó en el vino.

El malhadado caballero acepta la invitación y se cumple el previsible desenlace:

–"Bebe, bebe, don Alonso,
bebe de este fresco vino".
–"Bebe primero, Moriana,
que así está puesto en estilo".
Levantó el vaso Moriana,
lo puso en sus labios finos;
los dientes tiene menudos,
gota dentro no ha vertido.
Don Alonso, como es mozo,
maldita gota ha perdido.
–"¿Qué me diste, Moriana,
qué me diste en este vino?
¡Las riendas tengo en la mano
y no veo a mi rocino!".
–"Vuelve a casa, don Alonso,
que el día ya va corrido
y se celará tu esposa
si quedas acá conmigo".
–"¿Qué me diste, Moriana,
que pierdo todo el sentido?
¡Sáname de este veneno,
yo me he de casar contigo!".
–"No puede ser, don Alonso,
que el corazón te ha partido".
–"¡Desdichada de mi madre
que ya no me verá vivo!".
–"Más desdichada la mía
desque te hube conocido".

Algunos de los autores citados, como Juan de la Cueva o Gabriel Lobo Lasso de la Vega, pertenecen a la segunda parte del siglo XVI, momento en el que triunfa en España la tragedia de corte senequista, muy

proclive a incluir en las tramas episodios de envenenamiento. Examinemos algunos casos.

En *La infelice Marcela*, de Cristóbal de Virués, Felina y Formio son una pareja que actúan como cabecillas de unos bandoleros. Entre los cautivos que prenden está la noble Marcela, de quien Formio se enamora. Felina lo descubre requiriéndola en amores y entra en cólera:

> Formio ha de morir ahora.
> Sí, sí, Formio ha de morir...
> Matarele con veneno,
> que es más fácil y más llano.
> Un mazapán o rosquilla
> como acostumbro le doy...
> No, no ha de pasar de hoy.
> La traza es de maravilla[17].

Poco después será la misma Felina quien trate de amores con Alarico, escena presenciada a su vez por Formio, dominado igualmente por la ira:

> Un lazo, un cuchillo, un pozo
> o arrojalla de un peñasco.
> O, mejor que todo, un frasco
> de agua fría, que es su gozo.
> Un frasco ha de ser, no hay duda,
> pero adobado de suerte
> que por momentos la muerte
> tras escancialle acuda...
> Cosas tengo y cosas sé
> que poner en la bebida,
> que por momentos la vida
> su censo a la muerte dé (pp. 309-310).

Sin embargo el destino trágico de la "infelice" Marcela viene marcado por el propio título de la obra y nadie duda de que será la víctima propiciatoria. Es el caso que Formio ha preparado un frasco de veneno mortal y Felina una rosquilla o alcorza de Lisboa

[17] *La infelice Marcela*, en *Teatro clásico en Valencia*, I, ed. Teresa Ferrer Valls, Biblioteca Castro, Madrid, 1997, p. 307.

emponzoñada, pero ninguno de ellos ingiere nada, hasta que lo encuentra todo junto una abatida Marcela y se lo come sin dudar:

Alcorza es ésta. Y, ¡qué bien
que huele! ¡El consuelo consuela!...
¿Qué vaso es este que encuentro?
Agua parece, sí.
¿Quién le habrá dejado aquí?
Alguno de los de dentro.
Comeré desto un bocado,
que es alcorza, y escogida,
la cual es cosa sabida
que alegra el pecho alterado.
Y viene el agua tras ella
harto a propósito. A fe
que con sed la beberé,
que deseaba bebella (p. 325).

La muerte no tarda en llegar:

Extraño sueño me ha dado.
¡Y qué extraño y repentino!
Aunque fuera el agua vino...
Jesús, qué torpe he quedado.
¿Que no lo he de resistir?
¿Que un sueño no he de vencer?
¿Ni levantar ni mover?
Pues, ¿cómo aquí he de dormir?
¿Hay más extraña torpeza?
Imposible es levantarme,
ni valerme, ni ayudarme.
¡Brava congoja y tristeza!
En plomo me he convertido,
¡ay, Dios, y qué pesadumbre!
No hay ver del cielo la lumbre.
¡Jesús, fáltame el sentido! (p. 326).

El mismo Cristóbal de Virués recurre a otra muerte por envenenamiento en *La gran Semíramis*, donde el rey Nino apura sin vacilar un potente tóxico al creer que su amada Semíramis había fallecido:

Dame, dame el veneno
que es mi vida, mi gloria y mi consuelo,

pues, entrando en el seno,
saldrá mi alma para ir al cielo[18].

Sin embargo, en los últimos espasmos alcanza a saber que Semíramis vive y le ha engañado; entonces intenta rectificar y busca desesperadamente un antídoto, pero ya es demasiado tarde:

¡Oh, cruel, oh, inhumana, oh, fiera suerte!
Amigos, socorredme,
duélaos dolor tan bravo y espantoso.
Traed luego, traedme
algún licor y antídoto precioso
que venza y rinda esta ponzoña fiera.
No consintáis que con tal pena muera (p. 116).

Esta escena de la agonía de un personaje en las tablas es harto impactante y, al parecer, muy del gusto de Virués, pues la vuelve a utilizar en *Atila furioso*. Aquí es Flaminia quien echa veneno al vino de Atila, el cual entra en estado de rabiosa locura, empieza a matar a gente (entre ellos a Flaminia) y al final caerá muerto él mismo en medio de terribles dolores:

Ya siento mi pecho arder,
ya en él me abraso y me enciendo...
¡Oh, fuego que me abrasas las entrañas!
Agua, agua traed; matá esta llama...
¿Qué es esto, cuerpos y almas? ¿Es calambre?
¿Dónde quieres llevarme con tal fuerza?
Espera, muerte, vete, ¿quién te fuerza?
Pero ya, mi muerte infiel,
ya veo quién me destruye[19].

Un último caso que podemos aducir se localiza en *La reina Matilda*, tragedia escrita en español por el italiano Giovanni Domenico Bevilacqua, donde la

[18] *La gran Semíramis*, en *Teatro clásico en Valencia*, I, ed. Teresa Ferrer Valls, Biblioteca Castro, Madrid, 1997, p. 115.
[19] *Atila furioso*, en Alfredo Hermenegildo, *El tirano en escena. Tragedias del siglo XVI*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2002, pp. 344-346.

reina protagonista cae muerta sobre el escenario, revueltos los ojos, a consecuencia de un fulminante veneno que le han proporcionado[20]. Una variante se observa en *Marco Antonio y Cleopatra*, tragedia de Diego López de Castro: Marcela incurre en arrebatada locura tras calzarse unos guantes envenenados; con todo, la dama supera el trance y se recupera, aunque al final acaba muriendo sangrientamente a manos de su marido, celoso de que su mujer se haya enamorado de Marco Antonio[21].

La literatura del siglo XVII, limando mucho los tintes senequistas y truculentos que acabamos de referir, recurre con profusión a tramas con presencia de venenos y tósigos. La práctica totalidad de autores echan mano del tema que nos ocupa: Cervantes, Lope de Vega, Tirso de Molina, Agustín Moreto, Calderón de la Barca... Por razones de espacio no vamos a ocuparnos ahora de ellos y remitimos a un futuro trabajo que será complementario del presente. Sí cabe señalar, como mayor novedad del barroco, la ocasional apertura hacia un tratamiento cómico de la materia. Véase por ejemplo *Amar después de la muerte*, de Calderón, con el gracioso Alcuzcuz que se emborracha con vino cuando cree estar apurando un bebedizo letal, o *Las novedades del Cid*, comedia burlesca de Jerónimo de Cáncer donde se subvierten los códigos y el veneno ingerido simplemente no tiene ningún efecto.

LOS FILTROS DE AMOR

La leyenda y la tradición literaria nos dan una imagen de los filtros de amor como bebedizos o elixires mágicos merced a los cuales aquellos que los ingieran se prodigarán amor eterno, sin que nada se pueda

[20] JUAN DOMINICO BEVILAQUA [Giovanni Domenico Bevilacqua], *La reina Matilda, tragedia*, Stampa de Felice Estillola, Nápoles, 1597. (Manejo ejemplar de Madrid, BNE: R/798), pp. 131-132.

[21] Véase HUGO A. RENNERT, "*Marco Antonio y Cleopatra*. A tragedy by Diego López de Castro", *Revue Hispanique*, 19 (1908), pp. 184-237.

hacer por evitarlo. Caso paradigmático es la leyenda medieval francesa de *Tristán e Iseo*, donde el motivo del filtro amoroso está en el centro mismo de la trama. Tristán es el noble caballero que ha de conducir a la bella Iseo desde Irlanda hasta Francia, donde se casará con el rey Marc de Cornualles. La madre de Iseo preparó un bebedizo para que el rey Marc y su hija se amen para siempre, pero en el trayecto Tristán e Iseo beben el filtro por error y a partir de ese instante caen rendidamente enamorados el uno del otro. Con todo, sí se llega a celebrar la prevista boda del rey con Iseo, que no es otra cosa que la antesala de la infidelidad conyugal (Iseo sólo puede amar a Tristán) y de la inevitable tragedia. Algunas versiones de la leyenda como la de Béroul minimizan la presencia del filtro, aunque sin llegar a eliminarlo, pues su uso no comparece bien con la filosofía del fino amor trovadoresco[22]. Por contra, siglos más tarde Richard Wagner sacará gran partido de ello en su ópera *Tristán e Isolda*, donde la ingesta del elixir está en el centro de la gran tragedia que viven los jóvenes amantes. Wagner fue muy dado en sus óperas al uso de venenos y filtros: por ejemplo en *El ocaso de los dioses* Sigfrido toma un filtro que le hace olvidar a su dama Brünnhilde y le echa a los brazos de Gutrune; tal y como vimos en la *Odisea* con los amigos de Ulises, será preciso beber un segundo filtro para neutralizar el efecto del primero, lo cual no impedirá esta vez que la ópera tenga un final trágico, típicamente wagneriano.

Pero la tipología de los filtros es muy extensa, y por debajo de esa intención de despertar amor total entre dos personas laten otros intereses más realistas y prácticos como son los de hacer de vigorizantes sexuales o afrodisíacos. En palabras de Michelet:

> Estos filtros eran muy diferentes. Muchos eran excitantes y debían alterar los sentidos, como estos estimulantes

[22] Véase VICTORIA CIRLOT, "Introducción" a su edición de *Tristán e Iseo* de Béroul, PPU, Barcelona, 1986, pp. 23-24.

de los cuales abusan tanto los orientales. Otros eran peligrosos (y a menudo perniciosos) brebajes de ilusión que podían dejar a la persona sin voluntad. Otros fueron ensayos con los que se despertaba la pasión, en los que se quería ver hasta dónde el deseo ávido podía alterar los sentidos, hacerles aceptar, como valor supremo y como comunión, las cosas menos agradables que podían proceder del ser amado[23].

Y es que tales filtros, desde antiguo, tienen una propensión irremediable a ser confeccionados con los ingredientes más repugnantes, desagradables y transgresores que imaginarse pueda. Por ejemplo, Horacio en el quinto de sus *Epodos* pinta una escena de magia negra donde unas brujas atormentan hasta la muerte a un niño para elaborar con sus vísceras un bebedizo:

Manda que se ponga a cocer sobre las llamas de Colcos higos silvestres arrancados de los sepulcros, ramas de fúnebre ciprés, huevos untados en sangre de sucia rana y las plumas de la nocturna lechuza, hierbas enviadas desde Yolco e Iberia, fecunda en venenos, y huesos arrancados de las fauces de una perra hambrienta[24].

Estas hechiceras matan al niño "a fin de que su médula arrancada y su hígado seco se convirtieran en filtro amoroso" (V, p. 45), el cual será utilizado por Canidia con fines eróticos para ganarse la voluntad de un tal Varo:

¡Oh, Varo, cabeza destinada a muchos llantos!, correrás a mí en virtud de unas pócimas poco frecuentes y volverá a mí tu pensamiento... Prepararé algo más eficaz, un brebaje más eficaz te haré beber a ti, que me desdeñas, y antes el cielo se situará por debajo del mar... que dejes tú de abrasarte de amor por mí (V, p. 46).

[23] JULES MICHELET, *La bruja. Una biografía de mil años fundamentada en las actas judiciales de la Inquisición*, Akal, Madrid, 1987, p. 136.

[24] HORACIO, *Epodos y odas*, trad. Vicente Cristóbal López, Alianza, Madrid, 1996, V, p. 45.

En la tradición clásica española Barahona de Soto recupera el personaje de Canidia en *Las lágrimas de Angélica*, componiendo esta vez un filtro con el que doblegar la voluntad de Sacripante:

> Aderezada tuvo una bebida,
> aunque muy sana y dulce, ponzoñosa,
> la cual le dio, viniendo muy cansado,
> de un vino desta suerte preparado:
> de aquella piedra con que limpian oro
> tomó una parte, y otra polvos hizo
> del miembro más precioso del castoro,
> y el mismo del tejón y del erizo,
> otra de lobo, y pulpo, y ciervo, y toro,
> y así conficionó un gentil hechizo,
> con vino y azafrán muy oloroso,
> después que se coló y tomó reposo[25].

El filtro surtió efecto y la lujuriosa Canidia vence la resistencia de Sacripante, el cual, desesperado, se suicida arrojándose al mar. Volviendo a la literatura latina, Apuleyo en el *Asno de oro* describe al por menor las artes de otra de estas magas, quien despliega su ciencia amatoria para procurarse el favor de un muchacho beocio:

> Lo primero que hizo una vez allí fue preparar su aciago laboratorio con el instrumental acostumbrado: aromas de toda clase, láminas grabadas con signos indescifrables, restos de naufragios, innumerables miembros de cadáveres hasta hace poco llorados y enterrados ya; narices, dedos, trozos de carne clavados en la pared, sangre de asesinados, mutiladas calaveras arrancadas de las fauces de las fieras. Se puso luego a salmodiar sobre entrañas aún palpitantes y comenzó el sacrificio derramando líquidos varios: primero hizo abluciones de agua de la fuente, luego de leche de vaca, después de miel, y por fin de hidromiel[26].

[25] BARAHONA DE SOTO, *Las lágrimas de Angélica*, ed. J. Lara Garrido, Cátedra, Madrid, 1981, canto VI, pp. 316-317.

[26] APULEYO, *Las Metamorfosis o El asno de oro*, trad. José M[illegible] 2002, III, 17-18, p. 104.

Por su parte, Propercio nos pinta a la alcahueta Acántide practicando esta misma magia: "ha consultado a vampiros sobre mi muerte y contra mí ha recogido el flujo genital de una yegua preñada"[27], en clara referencia al hipómanes o flujo equino que era considerado en la antigüedad como un potente filtro de amor. Covarrubias define *hipómanes* como "cierto prurito o distilación que le sale a la yegua de su natura cuando es el tiempo de los celos y está caliente, del cual usan las hechiceras y si le dan en bebida con otras cosas al hombre le pone en tanta rabia y furor que sale de juicio"[28]. El padre Nieremberg nos brinda otra explicación no menos curiosa en su *Oculta filosofía*: "Porque las yeguas son lujuriosísimas, que entre los demás animales sólo permiten estando preñadas segunda cópula, dice Aristóteles que el veneno hipómanes que sale dellas podía servir para alguna pasión. Aun tan gran sabio pudo delirar aquí"[29].

Cervantes es buen conocedor de ello y en *El trato de Argel* será la hechicera Fátima quien recurra a su tratamiento:

> Esta carne, quitada de la frente
> del ternecillo potro cuando nace,
> cuya virtud rarísima, excelente,
> en todo a mi deseo satisface,
> envuelta en esta yerba, a quien el diente
> tocó del corderillo cuando pace,
> hará que Aurelio venga cual cordero
> mansísimo y humilde a lo que quiero[30].

[27] PROPERCIO, *Elegías*, trad. Antonio Ramírez de Verger, Gredos, Madrid, 1989, IV, 5, p. 246.

[28] SEBASTIÁN DE COVARRUBIAS, *Tesoro de la lengua castellana o española*, ed. I. Arellano y R. Zafra, Iberoamericana-Vervuert, Madrid, 2006. s. v.

[29] JUAN EUGENIO NIEREMBERG, *Oculta filosofía de la simpatía y antipatía de las cosas, artificio de la naturaleza y noticia natural del mundo. Y segunda parte de la curiosa filosofía*, Imprenta del Reino, Madrid, 1633, lib. I, cap. 93.

[30] CERVANTES, *El trato de Argel*, eds. F. Sevilla Arroyo y A. Rey Hazas, Alianza, Madrid, 1996, vv. 1444-1451, p. 62.

En la literatura hispánica, la más digna heredera de estas viejas hechiceras latinas es Celestina. Así nos la describe Pármeno en el acto inaugural de la famosa tragicomedia, con todo un arsenal dispuesto para practicar la magia amatoria:

> Tenía para remediar amores y para se querer bien: tenía huessos de coraçón de ciervo, lengua de bívora, cabeças de codornizes, sesos de asno, tela de cavallo, mantillo de niño, hava morisca, guija marina, soga de ahorcado, flor de yedra, spina de erizo, pie de texón, granos de helecho; la piedra del nido del águila y otras mil cosas. Venían a ella muchos hombres y mujeres, y a unos demandava el pan do mordían, a otros, de su ropa; a otros, de sus cabellos, a otros, pintava en la palma letras con açafrán; a otros, con bermellón, a otros dava unos coraçones de cera, llenos de agujas quebradas, y a otras cosas en barro y en plomo fechas, muy espantables a ver. Pintava figuras, dezía palabras en tierra. ¿Quién te podrá dezir lo que esta vieja hazía? Y todo era burla y mentira[31].

Concluiremos nuestra aproximación a la materia con la menos conocida y todavía inédita *Tragicomedia de Polidoro y Casandrina*, donde será la alcahueta Corneja quien prepare un filtro para que Polidoro caiga rendido a los brazos de Casandrina. Los ingredientes del hechizo amatorio son del tenor que sigue: entrañas de lince, ojos y pelos de la cola del lobo, garbanzos negros, habas moriscas, bazo de hiena, tuétano de ciervo, hipómanes, polvos de la piedra del águila, sangre de rémora, espuma de perros rabiosos, sangre de lechuza, etc. En perfecta combinación con estos variados compuestos hallamos no pocas alusiones maliciosas y eróticas:

[31] FERNANDO DE ROJAS, *La Celestina*, 7ª ed. D. S. Severin, Cátedra, Madrid, 1993, acto I, pp. 112-113. CERVANTES también muestra su escepticismo hacia este tipo de remedios: "Como si hubiese en el mundo yerbas, encantos ni palabras suficientes a forzar el libre albedrío; y así, las que dan estas bebidas o comidas amatorias se llaman *veneficios*; porque no es otra cosa lo que hacen sino dar veneno" (*El licenciado Vidriera*, p. 110).

No viertas una redomilla... de la sangre de aquel pececillo que detiene en la mar cualquier navío –por recio que vaya navegando– con su desaforada fuerza, que esa domará las fuerzas de Polidoro y le traerá a tu deseo. Bájame también esa espuma cuajada de perros rabiosos, que con ella le haré yo rabiar hasta que te muerda, mas no morirás del bocado, aunque vengas a hinchazón... Tráelo todo, que yo le haré... que venga a tu lámpara por aceite a la media noche[32].

[32] *Tragicomedia de Polidoro y Casandrina*, Madrid, manuscrito inédito de la Biblioteca del Palacio Real, signatura II-1591 (olim 2-B-10), ff. 65-67.